

# Históricas Digital

Christon Archer

“Historia de la guerra: las trayectorias de la historia militar en la época de la independencia de Nueva España”

p. 145-162

*La independencia de México:  
temas e interpretaciones recientes*

Alfredo Ávila y Virginia Guedea (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2010

260 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 48)

ISBN 978-970-32-4997-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/479/independencia\\_temas.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/479/independencia_temas.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## HISTORIA DE LA GUERRA: LAS TRAYECTORIAS DE LA HISTORIA MILITAR EN LA ÉPOCA DE LA INDEPENDENCIA DE NUEVA ESPAÑA

Christon ARCHER

Resulta muy interesante que, a pesar de las opiniones prevalecientes en México, la historia militar de la época de independencia sea en realidad un enigma y un tema bastante desconocido. Aunque muchos de los historiadores mexicanos me han informado que la historia militar sobre ese período es muy abundante —y algunos me comentan que México tiene demasiada historia militar—, para mí éste no es el caso; al contrario. Creo, además, que necesitamos más estudios sobre esta historia militar que utilicen nuevos métodos que incorporen las ideas y los métodos de otras disciplinas. Es cierto que el derramamiento de sangre durante la década de la guerra (1810-1821) y las ejecuciones brutales de los jefes más destacados dominaron el pensamiento y las interpretaciones de generaciones de historiadores mexicanos. El papel de los militares en la historia formativa nacional después de la independencia sirvió también para abrir un abismo entre los oficiales profesionales del ejército y muchos de los grupos liberales, intelectuales y políticos. La defensa ferviente que los soldados hicieron de sus fueros y privilegios, los problemas crónicos de los pronunciamientos, las intervenciones en los estados y regiones, las dificultades y falta de recursos disponibles para proteger las fronteras no sirvieron para ayudar a desarrollar la imagen del ejército como protector de la nación.

A pesar de la existencia de unos archivos magníficos en el campo de la historia militar, han sido relativamente pocos los investigadores que, trabajando sobre la época de la independencia, han hecho consultas en el Archivo General de la Nación, en el Archivo de la Secretaría de Defensa Nacional, en los archivos de los estados o en los archivos españoles en Sevilla, Madrid y Segovia. Cuando presento ponencias sobre mis investigaciones en los Estados Unidos, Canadá o Europa, los historiadores me expresan su sorpresa ante la riqueza de los documentos militares que permiten investigaciones empíricas sobre muchos otros aspectos históricos además de los asuntos militares. Fortuitamente, los novohispanos y los mexicanos del siglo XIX tuvieron la pre-



visión o la suerte necesaria para mantener las colecciones que, en mi opinión, ayudarán en la preparación de la mejor historia militar sobre la época de la independencia en la América española. Sin embargo, tenemos que recordar que la Nueva España, con seis o más millones de habitantes, era un país muy grande y poderoso en comparación con los otros reinos españoles de las Américas. Consecuentemente, a pesar de sus dificultades con la Francia napoleónica y de la inestabilidad causada por la guerra de independencia, la madre patria contribuiría con más de 10000 tropas expedicionarias y con muchos oficiales de calidad y capacitación resueltos a salvar la joya de las posesiones americanas. Dada la desastrosa situación de España, es realmente notable que en 1812 los primeros batallones europeos llegaran para asistir a Félix María Calleja y al Ejército del Centro en el sitio de Cuautla Amilpas.<sup>1</sup>

En lo que se refiere a los insurgentes, o rebeldes, aunque los jefes y oficiales de las fuerzas populares, al faltarles las bases urbanas y la infraestructura burocrática y encontrarse en constante movimiento, no pudieron mantener archivos comparables a los de los realistas, afortunadamente para los investigadores de hoy los realistas capturaron documentos y utilizaron espías que recogieron información valiosa para sus operaciones. Hace algunos años, antes de escribir mi estudio sobre la campaña realista contra la isla de Mezcala en el lago de Chapala, descubrí prácticamente una mina de materiales que me ayudaron en el proyecto de explicar las raíces de la tenaz resistencia de una población de gente humilde a quienes faltaban las armas, el conocimiento de la ciencia militar y la tecnología moderna de guerra. En la región lacustre de Chapala, y a diferencia de los soldados disciplinados, esta población desarrolló nuevos métodos para funcionar como tropas ligeras anfibas y, en tierra, como defensores de sus fortificaciones, lo mismo que en las operaciones navales ofensivas y defensivas a lo largo de la superficie del lago.<sup>2</sup> La historia de esta campaña ilustra una vieja regla de la guerra, relativa a que la fuerza más poderosa no siempre puede obtener la ventaja al pelear contra una población imbuida de la determinación de resistir. Al final, después de años de resistencia, la fortaleza de Mezcala se rindió con condiciones y no ante el poder de las armas y las lanchas cañoneras de los realistas.

<sup>1</sup>Christon I. Archer, "'La Causa Buena': The counterinsurgency army of New Spain and the ten years' war", en Jaime E. Rodríguez O. (ed.), *The Independence of Mexico and the creation of the New Nation*, Los Angeles, UCLA/Latin American Center Publications, 1989, p. 63-84.

<sup>2</sup>Christon I. Archer, "The indian insurgents of Mezcala Island on the lake Chapala front, 1812-1816", en Susan Schroeder (ed.), *Native resistance and the pax Colonial in New Spain*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1998, p. 84-128.



Como investigador de los archivos mexicanos durante casi cuarenta años, estudiando primero la época de los Borbones y ocupándome más adelante del examen de la historia militar de la guerra de independencia, muchas veces me sentí una figura muy afortunada. Al trabajar durante la época de la guerra de Vietnam, pude establecer paralelos con las campañas del ejército realista, y no pude escapar de los horrores provocados por la violencia de sus destacamentos volantes, de los “ejemplos saludables” o ejecuciones, o de la exhibición de los cadáveres de civiles inocentes. Para la población rural la movilización de los hombres para cumplir su deber como guardias urbanos o rurales y los impuestos forzados para pagar el costo de la defensa causaron muchas privaciones. Además, el uso de zonas libres de fuego, con un sistema obligatorio de convoyes, así como la concentración de la población en los pueblos fortificados, muchas veces sólo sirvió para destruir la agricultura y el comercio. A pesar de haberse introducido un terror espantoso entre la población, además de la destrucción de los pueblos y las milpas, en algunas regiones los campesinos novohispanos no se rindieron y escaparon con sus familias a las barrancas, a los bosques, a los pantanos y a las montañas más ásperas, donde continuaron la resistencia y formaron pequeñas gavillas de bandidos/guerrillas. Cuando las fuerzas realistas abandonaron el territorio, estas gavillas —muchas veces bajo el liderazgo de un cabecilla inteligente— pudieron juntarse con otras bandas para subyugar a las fuerzas realistas de un determinado distrito o región. Este aspecto de la historia militar puede abrir nuevas ventanas a la historia social, económica y política de las regiones, así como a la de los hombres y las mujeres del campo.<sup>3</sup> Es muy interesante hacer notar que hay reglas no escritas que regulan las formas básicas de las guerras de insurgencia y de contrainsurgencia, ya sean históricas o contemporáneas, como la resistencia de elementos de la población de Iraq contra las abrumadoras fuerzas de los Estados Unidos.

Cuando vine a México por primera vez en 1966, con una beca de la Fundación Ford, estudié con la profesora María del Carmen Velázquez, de El Colegio de México y especialista sobre el ejército de Nueva España,<sup>4</sup> quien desde el primer instante me trató como un recluta in-

<sup>3</sup>Christon I. Archer, “Surviving the chaos of insurgency: Urban-rural relationships in Mexico, 1810-1821”, en *La ciudad y el campo en la historia de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, v. II, p. 537-548; e “Insurrection-reaction-revolution-fragmentation: Reconstructing the choreography of meltdown in New Spain during the Independence Era”, *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, v. 10, n. 1, Winter 1994, p. 63-98.

<sup>4</sup>Véase María del Carmen Velázquez, *El estado de guerra en Nueva España, 1760-1808*, México, El Colegio de México, 1950.



voluntario de las clases bajas. Como mi generala, me informó que nadie podía estudiar el ejército sin un conocimiento íntimo de cada uno de los aspectos de la corporación militar, el sistema de las graduaciones, las misiones y responsabilidades de cada tipo de soldado — infantería (incluyendo granaderos y fusileros), dragones, caballería, y artillería —. Tuve que aprender el sistema de las tácticas y la organización de las unidades de compañía, batallón y plano mayor del regimiento; y sobre el fuero militar, todo sobre los juzgados militares, incluyendo las responsabilidades de los oficiales, sargentos, cabos, y soldados de unidades fijas, veteranos y milicianos.

Con esta educación militar y casi con el látigo en mis espaldas, la profesora Velázquez me preparaba para los archivos y para comprender las operaciones de las fuerzas regulares y provinciales en una sociedad que consideré casi impenetrable, pero, a pesar de todo, la más interesante del mundo. Puedo confesar que aprendí mucho durante mis tres primeros meses en el Archivo General de la Nación, entonces situado en el Palacio Nacional. Sin embargo, aprendí lentamente la organización de los despachos militares, las hojas de servicio, el sistema de reportar mensualmente el estado financiero de las compañías y la información íntima y familiar sobre los problemas de los oficiales y, algunas veces, de sus mujeres. En 1978, comencé un nuevo proyecto de un año de investigación sobre el ejército realista de la época de la independencia y también investigaciones de las fuerzas y las gavillas insurgentes.

En la historiografía mexicana, la historia militar de la guerra de independencia representa una gama de temas diferentes: el desarrollo de la insurgencia y la contrainsurgencia, el surgimiento de una revolución gloriosa, la crónica de una guerra civil destructiva y, en general, una tragedia cataclísmica que refleja las profundas divisiones suscitadas por la desordenada lucha entre rebeldes y realistas, europeos y americanos y casta contra casta. Para ambos bandos, realistas e insurgentes, la guerra de casi once años implicó un verdadero laberinto de cambiantes jurisdicciones que convirtieron a muchas provincias de la Nueva España en regiones divididas y pobladas por personas cuya lealtad era un incógnita. En 1813, Calleja, primer comandante del Ejército del Centro realista y virrey de 1813 a 1816, preveía una “revolución desastrosa: devorado del deseo de la independencia”, y estaba convencido que la población, a la que consideraba más bien ignorante y plagada de vicios, había sido seducida por personas que adoraban con “veneración supersticiosa”.<sup>5</sup> En 1814, cuando Fernando VII regre-

<sup>5</sup> Félix María Calleja al Ministro de Guerra, 13 marzo de 1813, Archivo General de Indias (en adelante AGI), Sevilla, Sección *México*, leg. 1322.



só al trono y derogó la Constitución española, Calleja aún se quejaba de que la mayor parte de los seis millones de habitantes de la Nueva España apoyaba a la insurrección en un país donde, afirmó, los clérigos promovían la independencia desde sus púlpitos, los escritores publicaban propaganda favorable a los insurgentes y las mujeres usaban sus encantos para seducir a los soldados del gobierno a pasarse al lado rebelde.<sup>6</sup>

La opinión de Calleja estaba sesgada, desde luego, por su deseo de convencer al régimen imperial que despachara a la Nueva España, desde la península, un ejército de 6 000 a 8 000 tropas expedicionarias de línea y proveyera grandes envíos de armas y municiones para el ejército realista novohispano. En 1815 algunos españoles prominentes tenían también una perspectiva semejante sobre las divisiones que afectaban a las comunidades de los novohispanos y sobre los peligros que aún amenazaban al dominio real. El obispo electo de Michoacán, Manuel Abad y Queipo, afirmó que el ejército real, de más de 80 000 tropas, que peleaba contra los insurgentes apenas lograba proteger “el casco de los pueblos”. Mientras tanto, unos 25 000 o 30 000 insurgentes, “...de mala tropa sin disciplina, e muchas de ellos sin armas, son los verdaderos soberanos del país.”<sup>7</sup> Éstos últimos controlaban la agricultura, la industria y el comercio y robaban o destruían todo lo que encontraban fuera de los pueblos y de las ciudades fortificadas por las fuerzas realistas. Para poder transitar con sus convoyes de mercancías desde las provincias hasta la capital, los comerciantes tenían que pagar las tarifas impuestas por los insurgentes. Por el odio que sentían por los gachupines, los rebeldes — como destacaba Abad y Queipo — habían tratado al virreinato con más furia que los salvajes apaches. El obispo propuso organizar un ejército expedicionario español consistente en 10 000 a 12 000 efectivos, con oficiales bien entrenados, y un nuevo virrey de “...notoria integridad, que no viene a enriquecerse y quien posee superiores talentos militares y políticos, y un carácter muy constante.”<sup>8</sup>

Con la restauración de Fernando VII el gobierno imperial hizo un mayor esfuerzo por entender mejor la rebelión de Nueva España y ordenó a Calleja coordinara la elaboración de estudios sobre los orígenes de los alzamientos, las personas involucradas en ellos y las medi-

<sup>6</sup> Félix María Calleja al Ministro de Guerra y Justicia, 18 de agosto de 1814, Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN), Madrid, *Estado*, leg. 3567-B.

<sup>7</sup> Manuel Abad Queipo, obispo electo de Michoacán, representa a S.M. sobre el estado de Nueva España y origen de la Revolución, 20 de junio de 1815, en AHN, *Hacienda*, v. 229-A.

<sup>8</sup> *Ibidem*.



das que ya se habían dado para suprimir a los rebeldes.<sup>9</sup> Calleja designó un comité compuesto de cuatro especialistas: dos americanos, el doctor José Mariano Beristáin, decano de la iglesia catedral de la ciudad de México, y el fraile Miguel Bringas, guardián de San Fernando de Querétaro, y dos peninsulares oficiales del ejército, el brigadier Manuel Espinosa Tello y el capitán Ramón de la Roca, nombrado como secretario, quien debía revisar los archivos militares y recolectar datos de los comandantes provinciales en servicio. Al inicio de su misión, los cuatro investigadores realistas distribuyeron su encargo en tres partes: los orígenes de la rebelión, su desarrollo y su estado en 1815. Informaron que la revolución podía entenderse como producto de la pasión, de la mala educación, de los errores políticos y de la ignorancia de la metrópoli respecto de la verdadera condición que reinaba en América.<sup>10</sup> Empero, éstas eran simples impresiones y el proyecto requería una indagación mucho más profunda, así como un mayor conocimiento del que estos cuatro realistas comprometidos podían aportar. Así pues, las interrogantes que surgieron sobre la década revolucionaria no sólo siguieron embrollando a los observadores contemporáneos sino que hasta la fecha siguen siendo debatidas acaloradamente.

Famosos historiadores y políticos, como Lucas Alamán, Carlos María Bustamante, José María Luis Mora y Lorenzo de Zavala, seguidos por generaciones de historiadores mexicanos, trataron de hacer autopsias del cadáver de la Nueva España. Es importante recordar que durante la mayoría de esta primera generación y las que les seguirían, el nacimiento de México independiente fue inseparable de las personalidades de la primera generación revolucionaria de los heroicos “beneméritos de la patria”: los padres Miguel Hidalgo, José María Morelos y el resto del panteón de los grandes héroes patrióticos, incluida alguna que otra heroína. Los historiadores nacionalistas de diferentes orientaciones políticas consideraron a esa década de guerra como un ardiente crisol que para el año de 1821 había extinguido el opresivo régimen, extirpado los colmillos de los malvados gachupines y derrotado al ejército realista que había embrutecido a la población con la introducción de “ejecuciones saludables,” una política de terror estatal, la dislocación de los pueblos de campesinos y la introducción del servicio forzado por “la (así llamada) Causa Buena.”

<sup>9</sup> Real Orden de 31 de julio de 1814, y Félix María Calleja al Ministro Universal de Indias, 6 de abril de 1815, n. 150, AGI, *México*, leg. 1322.

<sup>10</sup> José Mariano Beristáin, Manuel Espinoza Tello y Ramón de la Roca a Calleja, 16 de marzo de 1815, AGI, *México*, leg. 1322. Véase Virginia Guedea (ed.), *Prontuario de los insurgentes*, México, Instituto Mora/Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. XIV.



Lo que resultó muy interesante para el futuro de la historiografía de la época de la guerra fue que los estudios del siglo XIX se concentraron en algunos aspectos de la independencia y muchas veces olvidaron o evitaron otros temas que eran de gran importancia. Si hay un historiador destacado en el proceso de establecer sus direcciones historiográficas casi hasta el presente, para mí este hombre tiene que ser Lucas Alamán. Nacido en Guanajuato, de 18 años de edad e hijo de una familia de mineros prósperos cuando el padre Hidalgo y las fuerzas insurgentes entraron en esa ciudad, Alamán vio de primera mano los desastres de la revolución y la destrucción de las familias importantes del Bajío. Viajero, científico, político, burócrata y hombre de negocios, Alamán desarrollaba una afición por la continuidad y el orden.<sup>11</sup> Aunque muchos mexicanos, a través de las décadas, han condenado a Alamán, entre otras cosas por su glorificación de la época colonial y por su conservadurismo, los cinco tomos de su *Historia de Méjico*<sup>12</sup> nunca perdieron su influencia e importancia central. Sin embargo, para la historia militar de la época de independencia, Alamán quiso servir como una guía cuidadosa que aparentemente deseaba eliminar algunos de los aspectos de la anarquía social que fue producto de los interminables conflictos entre insurgentes, guerrilleros y bandidos en su lucha contra la corrupción y la violencia de los contrainsurgentes del bando realista.

Resulta un tanto extraordinario que los años de la segunda mitad de la guerra (1815-1820) ocupan menos de un tomo de los cinco que conforman la *Historia de Méjico*. Respecto del estado de la guerra estos años fueron, desde mi punto de vista, absolutamente cruciales para explicar la derrota realista. En vez de examinar los documentos de los comandantes realistas que ilustran la falta de moral, la destrucción de la disciplina causada por la subdivisión de las unidades del ejército realista, la interrupción del comercio con las costas y la expansión del bandolerismo sostenido por los cabecillas insurgentes y sus gavillas, Alamán presentó una pintura bastante diferente. En parte quiso describir una situación idealista que representaría el fin de la revolución y la victoria del ejército realista. Aunque los despachos de los comandantes en 1816 ilustraban la continuación de una insurgencia crónica sin interrupción, en la *Gazeta de México*, órgano oficial de propaganda

<sup>11</sup> Enrique Plasencia de la Parra, "Lucas Alamán", en Virgina Guedea (coord.), *El surgimiento de la historiografía nacional, Historiografía mexicana*, v. III, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, p. 313.

<sup>12</sup> Lucas Alamán, *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia hasta la época presente*, 5 v., México, J. Mariano Lara, 1851.



bombástica utilizada por los oficiales ambiciosos para glorificar sus hazañas en acciones gloriosas, se hacía una selección cuidadosa de los reportes militares. En una palabra, Alamán anunció una época de calma en la guerra que proclamaba la victoria.

Escribiendo en las décadas turbulentas de la república temprana como un líder conservador y un historiador interesado en el orden y la continuidad, Alamán desarrolló su teoría, comenzando con la glorificación de Calleja. En sus palabras:

Calleja, pues, dejaba á su sucesor la revolución desacreditada, vencida y abatida, y aunque todavía quedasen puntos fortificados que tomar, reuniones que acabar de dispersar, le dejaba para ello un ejército numeroso y florido, compuesto de tropas acostumbradas á las incesantes fatigas de la campaña, y mas acostumbradas todavía á vencer; le dejaba una hacienda organizada y cuyos productos se habían aumentado con los nuevos impuestos; el tráfico mercantil restablecido con frecuentes convoyes que circulaban de una extremidad á la otra del reino, y los correos en un giro regular, saliendo y recibíendose semanariamente.<sup>13</sup>

Continuando su panegírico, Alamán concluyó: “...si España no hubiera perdido el dominio de estos países por sucesos posteriores, Calleja debía ser reconocido como el reconquistador de Nueva España, y el segundo Hernán Cortés”.<sup>14</sup>

Aunque es posible que Alamán no comprendiera la naturaleza de una guerra de insurgencia y contraingurgencia, mi opinión es que conoció muy bien una situación estratégica y táctica que podía regresar para amenazar a la república mexicana. El ejército realista pudo ganar victorias en el campo de batalla o en sitios específicos — por ejemplo, contra la intervención de Javier Mina en 1817, la isla fortificada de Mezcala en el lago de Chapala y los fuertes rebeldes de los Remedios y Jaujilla —, y estas afortunadas campañas sirvieron para obscurecer una realidad que era cada vez más negativa para el futuro de la dominación española.

Desde el comienzo de la guerra contraingurgente existió el peligro de que surgiese una lucha fútil para combatir a esa fragmentada revolución y que el ejército realista se subdividiera hasta el grado de la impotencia. Para fortalecer las defensas locales, en su Plan Político Militar del 8 de junio de 1811,<sup>15</sup> Calleja pretendía dotar al sistema de de-

<sup>13</sup> *Ibidem*, t. IV, p. 476.

<sup>14</sup> *Ibidem*, t. IV, p. 477.

<sup>15</sup> “Reglamento político militar que deberán observar bajo las penas que señala los pueblos, haciendas, y ranchos a quienes se comuniquen por las autoridades legítimas y respecti-

fensa de una amplia base rural y urbana. Desafortunadamente para los intereses realistas, la insurgencia perduró hasta erosionar incluso las defensas mejor resguardadas. En la escabrosa geografía de la provincia de Veracruz, en grandes partes montañosas del Bajío y en la vasta región al sur y oeste de Guadalajara, Valladolid, y la ciudad de México — por mencionar sólo tres de los núcleos permanentes de la guerrilla — los insurgentes ejercieron un control casi completo, salvo por las incursiones ocasionales de grandes divisiones del ejército realista. Los insurgentes cortaban las líneas de comunicaciones y bloqueaban el tráfico mercantil — algunas veces durante seis meses entre Guadalajara y la ciudad de México — y en 1815 por casi un año entero entre la capital y el estratégico puerto de Veracruz. Sin información alguna sobre el estado de la guerra, los ministros del gobierno imperial en Madrid desviaron a la Nueva España un contingente de 2 000 tropas expedicionarias destinados para el Perú. En 1818 el gobierno imperial ordenó al general Pablo Morillo despachar 4 000 efectivos de su ejército expedicionario de Venezuela y dispuso el regreso a la Nueva España de algunos soldados novohispanos aclimatados que estaban en La Habana.<sup>16</sup> En esta ocasión, ni el general Morillo ni las autoridades en La Habana enviaron las tropas para remediar la situación de la Nueva España.

Aún cuando los oficiales de mayor graduación se quejaban amargamente de las dificultades de la administración militar, de las subdivisiones de los batallones, de la falta de dinero, del reclutamiento y del deterioro de la disciplina, el virrey Juan Ruiz de Apodaca (1816-1821) no encontraba alternativa alguna en una guerra contra bandas de guerrillas fragmentadas y dispersas a lo largo y ancho de un enorme territorio.<sup>17</sup> El coronel Matías de Aguirre, del Regimiento de Dragones Fieles de Potosí, escribió a Apodaca en 1818 que ya no tenía contacto con varios destacamentos de su regimiento y que no podía informar respecto de la condición de sus escuadrones y compañías. Los hombres de ese regimiento miliciano, como otros, habían sido movilizados en 1810, el mismo año en que marcharon a entrar en acción, y ya llevaban ocho años en ese lugar. Sus oficiales no tenían instrucción para elaborar las cuentas e informes sobre la condición de la unidad y sólo estaban acostumbrados a perseguir las bandas guerrilleras. El subinspector general del ejército, el brigadier Fernando Miyares y Mancebo, comentó que en la Nueva España eran muy comunes las divisiones

vas...”, Aguascalientes, 8 de junio de 1811, Archivo General de la Nación, México, *Operaciones de Guerra* (en adelante AGN: OG), v. 278.

<sup>16</sup> Archer, “‘La Causa Buena’...”, *op. cit.*, p. 103-104.

<sup>17</sup> Juan Ruiz de Apodaca al brigadier Pascual de Liñán, 1 de septiembre de 1818, AGN: OG, v. 488; y Pascual Liñán a Juan Ruiz de Apodaca, 3 enero de 1820, AGN: OG, v. 493.



con unos 1 000 soldados, todas compuestas de elementos de hasta once diferentes batallones y regimientos. Los resultados en cuanto al entrenamiento y la disciplina eran “monstruosos.” Oficiales ya separados de sus deberes contraían enormes deudas con la tesorería, cuyas finanzas nunca fueron inspeccionadas ni auditadas. Alrededor de 1820 el brigadier José de la Cruz advirtió que la subdivisión de las unidades del ejército de la Nueva Galicia había ocasionado una peligrosa vulnerabilidad que podía ser desastrosa.<sup>18</sup> En verdad, con la amenaza de Agustín de Iturbide y del Plan de Iguala, el ejército realista desaparecería casi en un instante.

Tal y como ocurre con frecuencia en los conflictos contrainsurgentes, el ejército realista de la Nueva España sacrificó su verdadera fuerza en un intento desesperado por mantener el control del territorio y perseguir a las bandas guerrilleras. A partir de 1817 y después de la llegada del Regimiento de Infantería de Zaragoza, España no pudo enviar más batallones expedicionarios, dejando al ejército realista novohispano sin suficientes unidades operativas para aplastar las principales fortalezas de la guerrilla. Carente de refuerzos continuos de oficiales y de soldados frescos y dinámicos que habrían fortalecido la moral y ayudado a dirigir las operaciones ofensivas, el agotamiento se convirtió en un factor cada vez más importante. Consciente del estancamiento en la guerra, entre 1817 y 1821 el virrey Apodaca inició un nuevo programa que ofrecía amnistiar a los insurgentes, tratando, además, de convencer al mundo entero que la rebelión había terminado. Aunque logró convencer a muchos observadores contemporáneos —e historiadores posteriores— de que había ingeniado la mejor manera de aplacar la insurgencia, la realidad de la situación resultó muy distinta. Con la introducción de miles de rebeldes amnistiados, el ejército se convertía en un repositorio para los rebeldes, quienes después continuarían sus carreras militares en las fuerzas del ejército de las Tres Garantías.

En estas circunstancias, tanto la moral como la orientación psicológica del ejército contrainsurgente se tambaleaban. Incluso en los batallones y regimientos expedicionarios europeos, los sentimientos de desesperación y cólera dejaron a los soldados aletargados y dispuestos a desertar. La crisis financiera de la hacienda real y de los impuestos del ejército exacerbaron esta desmoralización. Durante la supuesta “pausa” o “calma” en las hostilidades, el gobierno virreinal no logró efectuar los pagos regulares de salarios y de mantenimiento de las unidades del ejército, dejando a algunas de estas fuerzas en una

<sup>18</sup> José de la Cruz a Juan Ruiz de Apodaca, 4 de octubre de 1820, AGN: OG, v. 157.



desesperada situación de urgencia financiera. En agosto de 1818, por ejemplo, la tesorería debía 14 000 pesos en salarios caídos al Regimiento de Infantería de Zaragoza. La situación se agravó a tal punto que los oficiales pidieron dinero prestado para ayudar a sus hombres a comprar sus provisiones diarias. Aunque los uniformes, los zapatos y el equipamiento se habían deteriorado con el paso de los años de duro uso, no había dinero para repararlos ni para reemplazarlos. Algunas unidades informaron que debido a su indecente desnudez los soldados se avergonzaban de aparecer en público.<sup>19</sup> Los soldados inconformes hicieron circular papeles y peticiones en los que criticaban a sus oficiales y exigían un mejor trato. En algunas ocasiones, rumores ridículos que hubieran sido descartados en tiempos normales recorrían las unidades. ¡La desertión debilitó a un destacamento volante en el norte de Zacatecas cuando los soldados sospecharon que los harían marchar hacia Perote, donde serían vendidos como esclavos a cambio de telas! Aunque el comandante los exhortó a recordar su juramento de lealtad y les dijo que sólo se dirigían a Aguascalientes, 70 hombres, entre ellos algunos oficiales subalternos, desertaron en sólo dos noches.<sup>20</sup>

En vista de tales acontecimientos, el colapso del ejército contrainsurgente pudo haber parecido predecible. No obstante, hubo muchos otros factores que aceleraron este proceso. Las urgentes peticiones que Apodaca envió a España en 1818 de 3 000 soldados reemplazos para reponer los desgastados batallones expedicionarios no rindieron fruto alguno. Enmarañado en una crisis interna y creciente, el gabinete imperial detuvo esta petición hasta 1821, cuando ya fue demasiado tarde.<sup>21</sup> La insubordinación y rebelión en el interior del ejército metropolitano español hizo imposible el envío de nuevas unidades para salvar la Nueva España, la cual se hallaba ya en franca desintegración. Al resumir la situación, el Consejo de Guerra en Madrid se sentía impotente para actuar: no tenía sentido enviar nuevas unidades a América, dado que al carecer de un buen nivel de ánimo, disciplina y obediencia, los soldados desertarían o se rendirían sin pelear.

A lo largo y ancho de las zonas realistas las juntas y los comandantes regionales sondearon a la población a fin de cobrar contribuciones militares o impuestos sobre los bienes de todos los habitantes de acuer-

<sup>19</sup> Pascual de Liñán a Juan Ruiz de Apodaca, n. 1032, 6 de agosto de 1818, AGN: OG, v. 499.

<sup>20</sup> Brigadier José Gayangos a Apodaca, 23 de mayo de 1818, AGN: OG, v. 584.

<sup>21</sup> José de Ymar al Secretario de Hacienda de Indias, Palacio, 5 de octubre de 1819, AGI, México, leg. 2420, e "Informe del Consejo de Estado", Madrid, 1 de septiembre de 1821, Archivo General Militar de Segovia, leg. 227.



do con el monto de sus activos.<sup>22</sup> Durante la guerra las fuentes de recursos se fueron secando y muchos terratenientes, mineros, comerciantes y artesanos anteriormente prósperos quedaron en la pobreza. Algunos individuos que poseían propiedades ocupadas por los insurgentes, o abandonadas en las zonas de guerra, iniciaron procedimientos legales para detener a las juntas que hacían valuaciones muy altas de sus activos para luego recaudar impuestos que debían pagarse en especie. Como siempre, los pobres fueron las víctimas de los más agresivos actos arbitrarios y violentos de los recaudadores. En muchas instancias los indios (incluidas las mujeres) que no tenían ni siquiera un medio real fueron despojados de sus “miserables harapos” y dejados desnudos en las calles. El Ayuntamiento de Miacatlán informó que algunos hombres se suicidaron en vez de aguantar el cruel trato y las amenazas de los recaudadores.<sup>23</sup> No hace falta precisar que muchos hombres más optaron por unirse a los rebeldes en vez de tratar de satisfacer las inacabables exigencias de los recaudadores realistas.

De manera casi espontánea el nivel más bajo de la estructura de defensa de Calleja en los pueblos y zonas rurales se derrumbó. A lo largo del año de 1820 los comandantes regionales, horrorizados, fueron testigos pasivos de un proceso que no podían detener. En toda la Nueva España realista las órdenes virreinales y su insistencia en destacar que la Constitución no había modificado los impuestos en apoyo al ejército cayeron sobre oídos sordos.<sup>24</sup> Todo el mundo argumentaba que la Constitución había abolido la estructura de milicias existente y decretaba el establecimiento de un nuevo sistema nacional de milicias. Las compañías urbanas y rurales se desintegraron, dejando un vacío que el ejército realista simplemente no pudo llenar. Con el surgimiento de Agustín de Iturbide gran parte del ejército se sumó a su Plan de Iguala, al tiempo que el resto abandonó sus cuarteles y literalmente implosionó en la ciudad de México. Buena parte del territorio fue des-

<sup>22</sup> Tocante a los orígenes del sistema de aprovisionamiento del ejército, véanse José Moreno y Daoiz a Félix María Calleja, n. 300, Puebla, 10 de marzo de 1815, AGN: OG, v. 536, y Christon I. Archer, “Not with a bang but a whimper: The decline and defeat of the royalist army of New Spain,” ponencia presentada en la *Midwest Association of Latin American Studies*, St. Louis, Missouri, octubre de 1986, y “Where did all of the royalists go? New light on the military collapse of New Spain, 1810-1822,” en Jaime E. Rodríguez O. (ed.), *The Mexican and the Mexican American experience in the nineteenth century*, Tempe (Arizona), Bilingual Press/Editorial Bilingüe, 1989, p. 24-43.

<sup>23</sup> Ayuntamiento de Miacatlán al presidente y vocales de la Exma. Diputación Provincial de México, 4 de noviembre de 1820, AGN: OG, v. 455. Se podrían agregar muchas más quejas similares por los maltratos infligidos a los pobres.

<sup>24</sup> Ayuntamiento de Jilotepec al intendente de México Ramón Gutiérrez de Mazo, 8 de febrero de 1821, AGN: OG, v. 455.



pojada de todas las fuerzas realistas basadas en los pueblos y distritos para que éstas pudieran hacer frente a las múltiples nuevas insurgencias o insurgencias regeneradas que para entonces operaban en nombre de Iturbide. Desde Puebla, el brigadier Ciriaco de Llano sintió un poco de irónica satisfacción cuando los pueblos que habían disuelto sus fuerzas defensivas se quejaron ante él de que habían sido asaltadas y atacadas por la guerrilla de Iturbide.<sup>25</sup>

Después de diez años de insurgencia y contrainsurgencia, la independencia llegó con insólita velocidad y contundencia. Como ocurre con tanta frecuencia, la derrota del ejército contrainsurgente fue definitiva. La rebelión de Iturbide permitió un rápido cambio: de la etapa de bandas guerrilleras insurgentes a una confrontación convencional que puso fin a la guerra. Las poblaciones con insurgentes que habían aceptado alguna amnistía proveyeron de excelentes reservas de reclutas a Iturbide y a los nuevos líderes insurgentes. Los esfuerzos de los comandantes realistas — como el brigadier Pascual de Liñán — por impulsar programas de reforma agraria en la provincia de Veracruz llegaron demasiado tarde para tener algún impacto en el desenlace de la guerra. La corrupción y la pérdida de la conciencia de su misión dejaron a la mayor parte del ejército realista incapaz de sostener la resistencia por más tiempo. Más aún, Iturbide absorbió una gran parte del ejército realista, por lo que la lucha final fue un anticlímax. No obstante, el triunfo de Iturbide y la llegada de la independencia de México ocultaron el hecho de que pocos — si es que hubo algunos — de los insurgentes involucrados en esta revolución fragmentada vieron realizados sus verdaderos objetivos. Con nombres diferentes e instituciones sólo ligeramente modificadas, México inició su vida independiente sin haber resuelto una sola de las preguntas básicas que yacían en el fondo de la lucha, preguntas que, entonces, quedaron para el futuro.

### *La historiografía reciente de la guerra*

El interés en el tema de insurgencia domina mucho de la producción erudita de los historiadores recientes de la época de independencia. En su libro *Roots of Insurgency: Mexican Regions, 1750-1824*, Brian Hamnett examinó las provincias de Puebla, Guadalajara, Michoacán y Guanajuato. Utilizando su conocimiento enciclopédico para explicar los temas importantes, el libro de Hamnett es uno de los estudios más importantes para explicar los éxitos y fracasos de la insurgencia. Aun-

<sup>25</sup> Llano a Venadito, n. 1292, AGN: OG, v. 326.



que no está de acuerdo con mi observación de que la insurgencia fragmentada estaba ganando vigor después de 1817, su razón es que identifica un elemento de debilitación entre algunos de los insurgentes, quienes utilizaban el programa de amnistías del virrey Apodaca para cambiar de bando y continuar las actividades bélicas — ahora como realistas. Si el agotamiento se estaba adelantando, los realistas llegaron primero al punto de la destrucción. En su estudio sobre la insurgencia en los Llanos de Apan, *La insurgencia en el departamento del norte: los Llanos de Apan y la Sierra de Puebla, 1810-1816*, Virginia Guedea nos presentó una monografía que ilustra la intensidad del conflicto en una región estratégica. Los estudios de Peter F. Guardino, *Peasants, Politics and the Formation of Mexico's National State: Guerrero, 1800-1857*, y John Tutino, *From Insurgency to Insurrection in Mexico: Social bases of Agrarian Violence, 1750-1940*, contienen capítulos que tratan los temas políticos y los conflictos agrarios. Juan Ortiz, en su libro *Guerra y Gobierno: los pueblos y la independencia de México*, examinó la respuesta a la insurgencia de los comandantes Calleja y José de la Cruz — las batallas, campañas contrainsurgentes, y la situación política y militar de la época. Finalmente, hay que incluir en esta sección a William B. Taylor en su estudio muy importante, *Magistrates of the Sacred: Priests and Parishioners in Eighteenth Century Mexico*, que incluye en su conclusión una sección sobre los religiosos y la insurrección y una tabla con los nombres de realistas y insurgentes. Si bien no puedo ofrecer estadísticas mejores, en mis estudios militares de las intendencias de Valladolid, Guanajuato y México, estoy convencido que la proporción de clérigos, incluyendo curas, en el bando insurgente fue más grande que la que indica Taylor.

Aunque necesitamos más estudios sobre el bandolerismo, el capítulo de William B. Taylor, “Banditry and Insurrection: Rural Unrest in Central Jalisco, 1790-1816,” y mi artículo “Banditry and Revolution in New Spain, 1790-1821,” ofrecen una introducción a un tema muy importante en la historia de la época. En mi estudio presenté el argumento que se puede creer que los cabecillas y sus gavillas eran amalgamas o mezclas de bandidos criminales e insurgentes, quienes sostuvieron la causa revolucionaria. En muchos casos, estas bandas controlaban y gobernaban sus distritos, cobraban impuestos sobre el comercio y los convoyes mercantiles y abrieron intercambios con las ciudades realistas.

No puedo salirme del campo de insurgencia sin añadir el notable estudio de Eric Van Young, *The Other Rebellion: Popular Violence, Ideology, and the Mexican Struggle for Independence, 1810-1821*. Esta obra de 810 páginas — el producto de muchos años de investigación en los archivos de México — estudia la rebelión de independencia en los pueblos y distritos. El autor dice mucho sobre los tumultos de los pueblos



y los movimientos milenarios y mesiánicos de la época. Dividido en tres secciones: “Rebeldes”, “Líderes e Seguidores”, y “Violencia Popular y Ideología”, Van Young presenta al lector una microhistoria con dibujos brillantes, dramáticos y pintorescos de los pueblos y pulquerías y en los alborotos. La mayor parte del tomo estudia los primeros años de la guerra. Hay en ella elementos de la escuela histórica subalterna, del postmodernismo y de la nueva historia cultural. Con la utilización de un vocabulario obscuro, la prosa y el discurso resultan algunas veces casi impenetrables. Asimismo, para el historiador militar, Van Young podría haber desarrollado más los lazos y relaciones con el mundo externo y con los grupos elites de las regiones. No obstante, esta obra magistral nos lleva a reevaluar y pensar de nuevo sobre la vida y las actividades de las comunidades pequeñas, los distritos y sobre los orígenes y las aspiraciones de los insurgentes.

Tornando a las ciudades, es extraño que no tengamos más estudios sobre las ciudades de México, Veracruz, Guanajuato, Guadalajara u otras poblaciones mayores durante de los años difíciles de la guerra. La capital servía como refugio para los peninsulares, quienes buscaron un puerto en la tormenta. Algunos de los criollos entraban en los grupos de conspiradores y abrían comunicaciones con las juntas de los insurgentes. El muy interesante libro de Virginia Guedea, *En busca de un gobierno alterno: los Guadalupes de México*, examinó estos temas y las actividades de los Guadalupes desde el golpe de 1808 hasta, más o menos, 1815. Timothy Anna, en *The Fall of the Royal Government in Mexico City*, examinó aspectos de la situación política de la ciudad, las dificultades con el abasto y las peligrosas epidemias de 1813, en las cuales murieron miles y afectaron a la mitad de la población. Por desdicha, cuando escribió el libro, Anna suscribió la conclusión de Lucas Alamán de que la rebelión terminó efectivamente en 1816. En un capítulo “Islas en la tormenta: ciudades tranquilas y provincias violentas en la era de la Independencia mexicana,” de su libro de ensayos *La crisis del orden colonial*, Van Young desarrolló el argumento que apareció en su título. Aunque me gustó mucho esta obra de Van Young, con mis intereses puestos en el lado militar, escribí una pieza titulada “Ciudades en la tormenta: El impacto de la contrainsurgencia realista en los centros urbanos, 1810-1821.” Es interesante que las autoridades de la ciudad de México utilizaron métodos de control y un aparato organizacional que recuerda la guerra de Francia en Argel o la del ejército de Argentina para controlar la ciudad de Buenos Aires durante la Guerra Sucia.

La situación política de la era de guerra alternaba entre el absolutismo de Fernando VII y el sistema moderno de la Constitución de 1812.



En muchos aspectos, la continuación de la guerra realista de la Nueva España dependía del poder de las autoridades para tomar decisiones sin las leyes regidas por los artículos de la Constitución. Si el régimen del virrey como capitán general perdía la capacidad para establecer los impuestos que sostenían a las milicias urbanas y rurales de los pueblos y a las milicias provinciales, las cuales después de años de movilización habían alcanzado un nivel de experiencia y de calidad semejante a los de los soldados regulares y expedicionarios, el ejército realista ya no podía funcionar. Como hemos visto, entre 1817 y 1820 a la tesorería central de Nueva España así como a las tesorerías regionales les faltaba el ingreso del dinero necesario para los sueldos de los oficiales y la paga de los soldados. Con el creciente nivel de la crisis, las noticias en 1820 de la restauración de la Constitución tuvo el efecto de un clavo en el corazón del viejo sistema. En casi todas las provincias y las ciudades y los pueblos, las autoridades locales y regionales se desbandaron, dejando las armas en los edificios de los ayuntamientos. A pesar de los esfuerzos de las autoridades civiles y militares, la población convocada para escuchar la lectura de los artículos de la Constitución casi espontáneamente celebró el fin de los impuestos y del servicio miliciano, así como la llegada de una nueva época de paz. Como se puede imaginar, Agustín de Iturbide, ahora comandante general de la Dirección de Sur, y sus amigos preparaban el camino para el Plan de Iguala.

Hablando del sistema constitucional, la organización de elecciones y todos los aspectos de los procesos políticos, tenemos que tornar nuestra atención a las obras de Jaime E. Rodríguez O. Aunque no voy a hablar aquí sobre los procesos políticos y el impacto sobre la historia militar, es necesario decir que durante muchos años Rodríguez ha avanzado la panoplia de estudios sobre los aspectos diferentes de la era de independencia. Con otros historiadores, como Virginia Guedea, ha hablado del concepto de la época de autonomía en vez de independencia para la Nueva España. Aún más importante, Rodríguez ha organizado una serie de coloquios en la Universidad de California sobre la historia de México seguidos por la publicación de libros. Voy a mencionar las obras *The Mexican and the Mexican American Experience* (1989), *The Independence of Mexico and the Creation of the New Nation*, (1989), *Patterns of Contention in Mexican History* (1992), y *The Evolution of the Mexican Political System* (1993). Actuando como el señor de un salón parisiense (para estudiar la independencia de Nueva España), Rodríguez ha estimulado el intercambio de historiadores y fortalecido los lazos en las comunidades de historiadores mexicanos e historiadores sobre México.



Ahora, casi en la víspera del bicentenario de la época de la guerra de independencia, estamos desarrollando un entendimiento bastante diferente sobre el impacto de la historia militar. Como algunos otros conflictos en la historia moderna y contemporánea, la guerra de la independencia de la Nueva España ilustró elementos de una guerra civil, de una guerra de liberación nacional y de una guerra bastante desigual entre las fuerzas del viejo orden y grupos de insurgentes, guerrilleros y bandidos. Después de algunos años de conflicto sanguiinario, del uso de terror y violencia y de la aplicación de un sistema arbitrario, las fuerzas de la metrópoli o del viejo orden no pudieron ya mantener la moral o reclutar la gente de guerra. Con la economía y comercio en ruinas, Agustín de Iturbide y el Plan de Iguala produjeron lo que pareció una llave mágica para terminar con la locura de la violencia crónica. Aunque la guerra terminó casi espontáneamente en 1821 con la marcha gloriosa del ejército de las tres garantías y sin la efusión de mucha sangre, los líderes de la nueva nación encaraban un mundo de dificultades políticas, constitucionales y militares en su establecimiento de la paz y de un sistema nuevo de orden y prosperidad. En las décadas siguientes, los soldados de México no volverían a las barracas.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS